LAS CASAS

113

Por Joaquín Calvo Sotelo

(De la Real Academia Española)

GUARDA siempre cierta voluptuosidad el ver casas ajenas y muchas veces daríamos cualquier cosa por traspasar los límites que logicamente, alzan contra nuestra curiosidad sus dueños.

Lo primero que se nos revela, desde el recibidor mismo, es si la casa ha sido puesta o si ha sido comprada: esto sí, si se ha formado por el lento y espaciado aluvión, día a día, hora a hora, de muebles buscados aquí y allá o construidos especialmente para la casa misma, o si ha sido encargada a un profesional cualquiera. Esto último es, muchas veces, una exigencia de la vida que no permite dilaciones "ni parsimonia en el trámite" como decía, aunque con referencia a otras cosas, aquel maravilloso Mourlane de Michelena que se nos fué, para siempre, hace ya unos años. Existen muchos avispados especialistas que resuelven esos problemas de urgencia con donosura y buen gusto pero, como es lógico, aunque de sus manos salga una casa agradable y, en última instancia, bella, el menos ducho de los catadores notará en seguida la firma de origen.

La casa debe ser una prolongación de la personalidad de quienes la habitan, su propio y natural ectoplasma y el arte de unir umbilicalmente la sensibilidad indivual a los muebles que le brindan su marco, es un arte muy sutil que, por de pronto, exige tiempo y paciencia para dar sus frutos. Es indudable que las casas —esas, justo esas que nos apetece ver— no se han puesto en un día ni en un año; tal vez no estén acabadas de poner aún ni lo estarán nunca. "Cada rincón tiene su afán", podría decirse parodiando un dicho muy en boga; esto es, cada rincón reclama su peculiar ornato, su tratamiento, y si el saber cuál ha de ser el adecuado exige intuición y finura, el dar con la consola, la mesita o el confidente requerido es, en ocasiones, problema que sólo el azar resuelve.

Las casas son, por tanto, de un largo decantamiento y aunque se necesiten tres generaciones para hacer un gentleman, según los cálculos de Eaton o de Cambridge, con algo menos, creo yo que se puede hacer una casa como es debido, una de esas casas en las que, cuando la dueña gentilmente, nos invita a recorrerla, entramos jubilosos, igual que si fuéramos a una fiesta.

Echaremos de ver en seguida, por muy roma que sea nuestra mirada, su acento predominante. A saber: si aquella casa es hogar o es despacho. Esto es si su tónica es femenina o masculina. Nos lo denunciará cualquier cosa imperceptible: el dominio de las flores sobre las revistas o los libros, el de los cuadros de raíz sentimental, padres, amigos, hijos, sobre los de raíz política o profesional, jefes, maestros. A veces, pese a la falta de esos signos orientadores, sabemos en seguida a qué atenernos. Los pasos suenan de manera distinta, las voces, también. Aun en las casas pequeñas —y las de hoy suelen serlo— una mano inteligente sabe distanciar, como si estuviesen enclavados en planetas remotos, las habitaciones dedicadas a los visitantes de aquellas otras en las que transcurre la vida íntima.

Presencia y ausencia de mujer, juegan esencialmente en las casas. Martínez Sierra supo decirlo con delicadeza:

Y cómo huelen las flores,
cuando la mujer se ha ido.
Cuando todo, alma, jardín,
casa, se queda vacío...

Sí, es esencialmente femenina esa aptitud de vaciar la casa con su simple ausencia de ella. Algo nos dirá, realmente, cuando aparezcamos bajo el dintel si está o no está la dueña, antes de que el criado o la muchacha nos mienta sus disculpas. Puede engañársenos fácilmente sobre los restantes moradores, pero no sobre su dueña. Una simbiosis de perfume la enlaza a sus muebles. No se sabe quien la toma de quien, pero en una misma onda aromática se hermanan. De su fusión, queda a las casas bien trabadas cierta misteriosa resonancia.

Hoy día el acceso a la casa de la novia largos meses soñado, se produce sin dificultades apenas, y sin solemnidad. Así el placer de verla a ella moverse en la atmósfera que intuíamos tan sólo a través de los visillos, ha perdido quilates. Nuestros padres saben bien que ese era, sin embargo, un placer inefable. Se llegaba un poco pálidos, o con pocas palabras o con muchas, síntomas equivalentes de la misma emoción. La doncella sonreía, cómplice. Sobrevenía la espera en el vestíbulo, en un silencio almohadillado, que apenas turbaban los domésticos ruidos inevitables. De improviso, un frufrú, como de brisa entre los árboles y ella, ella, engastada en los muebles, como una esmeralda en abrazadera de platino, transfundiendo al piano, a las cornucopias, a los daguerrotipos, una parte de su aliento. "Ya entra en la casa", se decía antes, del novio, para ponderar lo avanzado de ciertas relaciones sentimentales. (Porque la casa española no se franquea con facilidad al recién llegado y tiene algo todavía del árabe ginaceo). La casa abría, pues, al pretendiente oficial, al prometido, no al mero amigo o acompañante. En América, sin embargo, a la muchacha que se lleva al cine o al baile, se la toma y se la devuelve a la casa misma, no con la clandestinidad y descortesía que supone servirse de la esquina próxima como lugar de cita. Yo creo esa costumbre más limpia, más clara que la nuestra. Celebraría verla prender aquí.

Pero volvamos a nuestro punto de partida. Barriadas enteras se construyen hoy con arreglo a idénticos planos, con millares de vestíbulos, de alcobas, de saloncillos iguales, con muebles, también, hechos en serie. Esa garra uniforme de la vida moderna, ¿acabará robando a las casas su singularidad? Mucho se lleva adelantado en ese camino pero nada hay que temer. Siempre las cosas diferirán unas de otras y tendrán su acento propio.

Recordaré, mientras viva, un pisito desventrado de un hotel de las afueras de Colonia por el que crucé, estremecido de horror en el verano de 1949. Esa, que en el teatro llamamos la cuarta pared, había sido derribada por un cañonazo. Una familia, sin embargo, bajo la techumbre improvisada de pizarras y ramas de árboles, vivía allí, a la vista de todos. El mobiliario no podía ser más sucinto. Una cómoda, una cama, dos o tres sillas desvencijadas. Pero una de ellas en su respaldo lucía un pequeño pañizuelo de lana, tejido con alegres colores. Era lo único nuevo en aquel agujero sórdido dentro del cual unos pobres seres reemprendían, con ilusión, su existencia. Vi, en aquel pañizuelo, la huella de una mano femenina llevando, pese a tama pobreza, su dulce acorde de ternura y cuidado a un hogar propio de la edad de silex. Y leí en su diseño —unos rombos, unas gotas de lana amarilla, un calado aislando esos dibujos— la voluntad de seguir viviendo, primero, a la vez, de embellecer la vida.

Todo —ha dicho alguien—, cuanto se lucha, cuanto se sueña, es para llevarlo dentro de las cuatro paredes de una casa. Esas paredes, unas veces las destruye la guerra, otras, la infelicidad; la primera transitoriamente, la segunda, para siempre. Es lo mismo. El hombre intenta rehacerla de una o de otra forma, sean cuales las razones que la hayan hundido. Y esa pasión por buscar, al cobijo del sol o de la lluvia, unos metros cuadrados que sirvan de albergue a su comodidad y a su dicha, es el motor que le ha estimulado a saltar desde las cavernas de la prehistoria a las casas de aluminio y cristal de nuestra era.

El Diario Vasco
28 ago 1959